

CINEMATOGRAFIA

Administración: SAN PABLO, 96

Se publica dos veces al mes

Número extraordinario: 10 ets.

EL AMBO MUSICAL DE LA BARCELONETA



JUAN MARTINO

El cartel anunció indebidamente el debut en *Brunsvelda* de Antonio Amiel y Juan Martino, únicamente para poder añadir la sugestiva frase *Ambos de la Barceloneta*, cosa que, además de no ser verdad por haber anteriormente cantado el segundo el *Ronfis de Aida*, nos resulta una falta de gusto y una redacción indigna del gran Teatro del Bosque.

Nuestro autorizado crítico musical! se ha ocupado detenidamente de la labor en la ópera de Morera del ambo de la Barceloneta, que nos presenta un notable contraste, ya que el bajo Martino nos gusta una gran exuberancia de vida y apostólica fe en sus méritos artísticos, teniendo verdadera confianza en su estrella, mientras que su compatriota y compañero peca por reservado y cae en el defecto del príncipe de Dinamarca, declamando a veces el clásico monólogo: Ser ó no ser, á pesar de poseer unos agudos capaces de despertar confianza al incrédulo más empedernido.

Deseamos buena fortuna al precitado ambo musical de la Barceloneta, añadiendo que Juan Martino, bajo afortunado en todo, ha cantado una terna de óperas, *Aida*, *Brunsvelda* y *La Favorita*, viniendo en este particular al tenor Amiel, al cual auguramos la *recin-cita*.



ANTONIO AMIEL

En 2.ª plana

La madre de teatro

por Federico Urrecha

CACHIRULO



He ahí la vera estigie del célebre, valiente y pundonoroso Cachirulo.

¿Quién no conoce á Cachirulo? Disputado por las Empresas, que riñen ruda batalla por conseguir ponerlo en el cartel, Cachirulo se cree; pero no queriendo seguir la mala costumbre de los astros caletidos, no exige: acepta en pago de su trabajo lo que buencamente le dan. Cachirulo trabaja por el arte. ¡Todo por el arte!

Recientemente ha hecho una valiente campaña en la plaza nueva, luchando con toreros aguerridos, y Cachirulo, cual otro Frascuelo, les ha vencido en noble lid, ganándose ovación tras ovación, entre el *débilis tremens* del pueblo soberano.



Cachirulo, natural de la Habana, siente hervir en su cuerpo la ardiente sangre de los cubanos, y así no le ve arrogante y fiero ante los astados con aprestos de luchador demudado.

Hoy lidia vacas: mañana lidia toros, y su público (porque Cachirulo tiene ya público suyo) aguarda ansioso el día señalado de verle luchar con fieros masculinos, que no será muy tarde.

Fijaros en su fisonomía, noble y altiva, reflejando la bondad, pero bondad que á veces quiere decir simpleza, sino la bondad que revela un gran corazón, sano corazón.

Cachirulo es bueno, es grande, y en su grandera aborrece el orgullo, propio de los imbéciles.

Y como me viene á mano, voy á contaros su última anecdota, que revivirá cuanto os digo:

No hace mucho, lidiando en una plaza que no citaré, tuvo la desgracia Cachirulo de que le tocaran los dos avisos al matar una maldita vaca, Cachirulo ó no oyó los avisos ó, con mucha vergüenza torero, intentaba rematar el animalucho, como lo consiguió, desoyendo los toques de los clarines.

El caballero que presidía la corrida, tomándose la cosa con una seriedad exagerada, mandó llamar á su presencia á Cachirulo.

Cumplida la orden, y ya Cachirulo en presencia de la autoridad, díjole ésta en tono imperativo:

—¿Usted sabe el reglamento?

—No, señor,—contestó Cachirulo entre azorado y temeroso.

—Entonces, ¿por qué toros usted?

—Por dieciocho pesetas que me dan,—repuso Cachirulo sin titubarse.

—Tengo usted en cuenta que está en presencia de la autoridad y que no admito que se guasee usted de mí.

A Cachirulo se le venía la plaza encima.

—Par de pronto,—continuó el presidente,—le impongo á usted veinticinco pesetas de multa por no haberse retirado al oír los dos avisos reglamentarios. ¡Puede usted retirarse!

Cachirulo permanecía como clavado en el palco presidencial, sin pestañear siquiera.

—¿Puede usted retirarse!—repitió el presidente.

Entonces Cachirulo se atrevió á balbucear:



—Es... que... señor presidente, faltan siete.

—¿Siete qué?

—Me dan dieciocho pesetas por torrar, y hasta las veinticinco que tengo que pagar, señor usted, faltan siete.

El presidente, ya hecho cargo de la cosa, rió á carcajada la natural y noble contestación de Cachirulo, que desapareció del palco más contento que chiquillo con zapatos nuevos, al oír estas palabras de la autoridad:

—Retírese usted y ¡qué demonio! de la multa no hay nada.

Rigurosamente exacto.

Ese es Cachirulo como hombre; como torero el público le ha juzgado ya y la posteridad le juzgará como se merece.

AZARITAS.

La madre de teatro

(Conclusión)

Tiene el tipo variantes que en nada alteran el aspecto general. No todas las mamás de teatro usan, como la de la Rególez, lenguaje salpicado de barbarismos. Muy al contrario, madres he conocido y tratado que ponían todo su cuidado en aparecer exquisitas y bien sonantes. Y es cosa de oír las referir las circunstancias que han llevado a sus niñas al teatro. Una historia conmovedora... Aquella criatura, educada en el recogimiento de un convento, huérfana de padre, — casi siempre militar, de coronel par: arriba, — sin más herencia que una voz que para sí la quisiera la Patti. ¿Qué hacer, señor? Unos buenos amigos la aconsejaron que no desperdiciase aquel tesoro de su garganta, y en cuanto a escrúpulos... ¡ay, Dios mío! en el teatro había de todo: bueno y malo, y la niña no había dejado de ser una perfecta señorita, etc., etc.

Estas mamás bien habladas son más temibles que la de la Rególez, porque cuando hay que ventilar algo con ellas no se acaba nunca. Son extremadamente vidriosas y es preciso medir cuidadosamente las palabras, porque a la menor insinuación, hecha sin ánimo de molestias, contestan una majadería en tono de reina madre ofendida.

Luego, andando el tiempo, se viene a averiguar que la mamá no era mamá, ni parienta siquiera. Este caso es muy frecuente en el teatro y a nadie sorprende, porque de telón adentro jamás se está seguro de la mayor o menor legitimidad de los parentescos. Si hay que hacerse una familia, se hace como se puede y con quien se puede, y muchos matrimonios no suelen durar más de una temporada.

Pero aquí se trata de madres que lo son por título natural, aunque las otras hagan sus veces con asombrosa naturalidad también. La fcción de la escena rebasa los bastidores y se filtra a través de los cuartos. Mejor o peor hecha, todo es comedia, impuesta por la necesidad de aparecer con rodrión, pues no hay, al parecer, virtud más espantadiza y vidriosa que la de la mujer de teatro cuando es o pretende aparecer severa. Sería curioso el estudio psicológico de la artista, aunque ocuparía en este libro mayor espacio del que le corresponde; pero si cabe afirmar que aquella severidad real o fingida responde al concepto que de la mujer de teatro tiene el resto del sexo, concepto no muy justo aunque otra cosa crean los que no conocen a fondo la vida de entre bastidores.

No hay en el teatro para la virtud femenina mayores tropiezos que en cualquiera otro medio social. Lo que hace suponer más... ¿cómo decirlo? más asequible y fácil a la mujer de teatro, está en la mayor libertad de lenguaje y maneras que, vista superficialmente, puede inducir a error en tan interesante particular, y en la más ostentosa publicidad que a una relación ilícita se da entre cómicos. En ninguna parte como sobre las tablas de un teatro pueden encontrarse ejemplares de lo que en francés novisimo se ha llamado *demi-vierges* y no sé cómo llamar en castellano; la mujer intacta de cuerpo y marchita de espíritu que lo sabe todo por enseñanzas y experiencia ajenas, pero que no ha llegado todavía a venderse ni alquilarse, abunda entre cómicos y da ocasión para medir exageradamente la perversión en el teatro. Por una razón sugestiva, la mujer de teatro aparece más deseable que las demás, y es objeto de mayor culto por parte del hombre. Ella, a su vez, se ve obligada a recibir y muchas a provocar aquel culto, porque de estos idólatras se compone el público, y con el público, ni aun con parte de él, conviene esquinarse a la artista. Visto esto desde fuera y examinado superficialmente puede, efectivamente, parecer algo más que simple coquetería.

Va dicho esto, no para incurrir en la candidez de afirmar que la opinión se equivoca al juzgar fácil a la mujer de teatro, sino para evitar que este juicio sea absoluto. El teatro no es el convento; pero tampoco es el lupanar bien vestido. En el teatro, como fuera de él, se sucumbe por hambre muchas más veces que por vicio. Pero fuera del teatro lo saben dos conciencias, la del que compra y la del que vende; en el teatro hay siempre cien voces que lo publican *urbí et orbe*. No está en otra cosa la diferencia de estos contratos.

FEDERICO URRECHIA.



Antonieta Oliver

Ha debutado brillantemente al principio de la temporada, cantando con aplauso *Il Trovatore*, una ópera verdiana que se las trae; después ha desempeñado en una función de tarde *Aida*, y... nada, la empresa del Gran Teatro del Bosque no ha vuelto a utilizar sus servicios; naturalmente, hay que complacer a las celebridades de la casa.

¿Qué le vamos a hacer: misterios de bastidores.

Y conste que la señorita Antonia Oliver tiene condiciones y es cantante de facultades, siendo de lamentar que no se hayan presentado más ocasiones de poder exteriorizar sus condiciones ante el público.

Vamos creyendo que la vida teatral está supeditada a las influencias del caciquismo; consuélese con nosotros la joven y aplaudida soprano.



MIS CRIADAS

Lector, si eres soltero, cástate, y si te casas no envidies, y si envidias no fumes jamás a nadie que te sirva. Yo he leído, no recuerdo dónde, que el hombre superior es el que menos necesita de los auxilios de sus semejantes, y que si alguien pudiera llegar a bastarse a sí solo en todo, éste sería el hombre superiorísimo. Pero por ahora hay que renunciar a este hermoso ideal, y yo confieso mi impotencia para escribir artículos y al mismo tiempo zurrirme los calcetines; no hay más remedio que sucumbir ante eso que se llama criada, verdadero inexorable de todos los que no hemos tenido dinero ni valor para apechugar con el *nuptio* o *indisoluble* vínculo del matrimonio.

Y para que nadie crea que me quejo de vicio contaré algo de mis cuitas domésticas.

I

Mi primera criada fué una chica de Lérida alta y fornada como un trinquete; no había estado jamás en Barcelona, ni había servido nunca, pero me pidió cuatro duros al mes y me rogó que nadie supiera que servía a un señor solo. Llenó su cuarto de estampas y rosarios, y todos los días, al ir a la compra, se oía un par de misas en Belén. Se despeñaba por salir los domingos, y hoy rompo un plato, mañana una cazuela, al otro día dos copas, aquella era un terremoto con gran regocijo de los cacharrereros del distrito. Alardeaba de ser católica fervorosa y tenía su confesor *hijo* como cualquiera duquesa.

Una tarde, al volver yo a casa a hora des acostumbrada, me encontré en la cocina con un soldado de artillería y sobre una mesa restos de copiosa merienda.

—Es mi primo, señor — me dijo muy serio.

—Me alegro mucho; pero de aquí en adelante vaya usted a verle al cuartel.

Al día siguiente, al volver de la plaza, me dijo que se había enterado de que yo escribía cosas contra los curas en los *papeles* y que su confesor la mandaba que se fuera de casa.

Y se fué.

Vino a gustarla una valenciana primorosamente vestida y peinada. No sabía hablar más que de Blasco Ibañez y de música; tenía la pretensión de ser una contralto excelente, y no había día que al ponerse a fregar no me dijera:

—¡Ay, lo que hace el no tener protectores! Yo había nacido para las tablas y me tengo que ver así.

Y para consolarse de su destino abría la válvula de su repertorio en género chico y me espetaba cincuenta o sesenta veces aquello de

¡Ay, rábano, rábano, rábano,
rabanito de mi amor,
de todos los rabanitos
el picante es lo mejor!

No tenía más remedio que coger el sombrero y salir butando a la calle. Acabé por enviarla al *rábano*. Cuando la despedí encontré dentro de un rollo de papel de música una botella de aguardiente.

Sin duda sería para graduar las escalas. Mi portera se encargó de buscar sustituto a la *flamencita*.

—He encontrado una chica muy a propósito para usted. Es una señorita que ha venido a menos, pero muy bien educada y muy fina.

—Que venga; veremos.

Y vino; era una joven rubia, pálida, vestía de luto, huérfana en absoluto, natural de Villanueva, hablaba muy poco y tenía siempre en los labios un gesto desdichoso. Siempre me la encontraba leyendo, y a lo mejor me volvía loco buscando un libro en mi estantería y me lo encontraba en la despesa entre la olla de la manteca y los chorizos de Extremadura. Devoraba todos mis periódicos; compraba un libro nuevo, lo dejaba sobre la mesa, y cuando volvía a casa ya estaban las hojas cortadas y hecho el juicio crítico de la obra, porque mi criada solía decirme:

—Ese autor es poco profundo.

Otras veces:

—Tiene un estilo brillante, pero carece de ideas.

Entretanto mi casa era un campo de Agramante: el polvo cubría los suelos, las telarajas los rincones y los escarabajos extendían sus dominios.

Cierta mañana, al servirme el almuerzo, me dijo:

—Ayer tuve una disputa; no es verdad, señorito, que Lamartine tiene más ternura y delicadeza de pensamientos que Victor Hugo?

Tentado estuve a romperle un plato en la cabeza; pero me limité a darle la cuenta.

Cuando se fué le dijo a la portera:

—¿Y dice usted que el señor del tercero es escritor? Pues ha de saber usted que dice que le revienta *Molière*...

III

Libre de la literata en rústica, estoy ahora bajo las garras de una coleccionista, y lo malo es que, aunque me crisa los nervios, es tan limpia, económica y trabajadora que no sé a dónde agarrarme para despedirla.

Tiene esta chica, que es mallorquina, la manía de coleccionar postales, y todos los días envía y recibe dos o tres docenas de estas cartulinas, porque es de las que *cambian*.

Todos los días, cuando viene el cartero, ya se la canción:

Señorita Josefa Rogell: veinte postales.

Tengo la seguridad que esta mujer se gasta al mes en postales más que muchas familias en comer. Yo no sé de dónde saldrán los cuartos. En su habitación tiene un armario donde guarda álbumes y las series de postales por asuntos y países. El día que se marche, necesitará una conductora.

Díme, lector, si no tengo razón para lamentarme de las criadas, sobre todo ahora que estoy expuesto a sucumbir bajo una inundación de postales.

Y aun se atrevieron a cantar en aquella zarzuela

¡Pobre chica

¡a que tiene que servir!

¡Más valiera

que se llegara a morir...!

FRAY GERUNDIO.

Compañía mímica de los hermanos Onofri



TELEMAQUE ONOFRI

Asistimos últimamente, á la representación de una obra puesta en escena y desempeñada por los hermanos Onofri, y nos complace desde estas columnas, hacer una pequeña información, al correr de la pluma, de algo referente á estos simpáticos artistas, que con tanto éxito actúan en el teatro de su mismo nombre.

No son los hermanos Onofri de estos actores vulgares, sin expresión ninguna, siempre iguales y que sus modales en escena no se diferencian al representar los diversos tipos que les están encomendados; muy al contrario, saben caracterizar los personajes dándoles vida real y justa expresión en las varias frases y situaciones por que pasa el personaje que representan. Su manera de caracterizarse el modo de vestir, la elegancia en la *posse*, y la indumentaria, son elementos de gran valía para conseguir los preciosos conjuntos que ellos obtienen en el desempeño de cuantas obras representan. En la compañía *Onofri* pasa algo muy laudable que dice mucho en bien de su dirección y es, que esta, se preocupa de que los personajes secundarios y los partiquines se muevan y parezcan primeros actores.

De gusto en esta compañía ver las evoluciones de los comparsas, los Onofri no se preocupan en hacer sobresalir al *pierrrot* ó al primer actor, lo que ellos quieren y lo logran siempre, es que el conjunto resulte de la mayor realidad posible y de un efecto admirable.

Yo he visto á los Onofri un desfile de tropas y verdaderamente parecía que aquellos comparsas eran un ejército disciplinado, que había estado días y más días á la orden de un oficial aprendiendo la instrucción. He visto también unos salvajes que en grupo de veinte ó treinta, se amolinaban, incendiaban las cabañas de unos



ORESTE ONOFRI



JULIA—ORTENSIA—AGUSTINA Y SUSANA

misioneros europeos á los cuales daban muerte, terminando esta fechoría con un baile desentrenado alrededor de los cadáveres de sus víctimas.

Pues bien esto que dicho así parece la cosa más sencilla, para que en el teatro resalte, es preciso saberlo poner muy bien, y para ponerlo bien, es indispensable, contar con un primer elemento que es el talento, de dirigir del cual carecen la mayor parte de los *pierrrots* que actúan al frente de compañías mímicas.

Del trabajo de las primeras partes de la compañía Onofri, mucho bueno podría decir, pero no es esto, impresión, una crítica teatral, que no me corresponde hacer, ni es este mi propósito. También debo hacer constar, el gran cuidado que tienen los hermanos Onofri, en todo cuanto á indumentaria se refiere, sus trajes, sus armas, sus muebles, todo el atrezzo de sus obras, está siempre en consonancia con las épocas en que se supone pasa la acción; tanto es así que cuando sale en escena un soldado de esta época, usa fusil Mauser, en cambio un soldado de veinte años atrás lo presentan con Remington y si es anterior á esta época con fusil de pistón.



OTELLO ONOFRI

Teniendo tal cuidado en estos detalles que para muchos actores serían de orden secundario, calcúlese lo mucho que se preocupan en otros de mayor monta, para que jamás quede desvirtuada la verdad histórica en ninguna de las obras que representan.

Los hermanos Onofri además de las cualidades que como actores dejamos apuntadas no carecen de otras que tienen gran consonancia con su exquisito arte y es su gran conocimiento de la escenografía de la maquinaria teatral y del atrezzo. Va que muchos de los artefactos que exhiben son contruidos por ellos mismos en los ratos de ocio que el estudio les dejara. Las armas y sastrería son de su propiedad, contruidas y confeccionándose todo ello bajo su inmediata dirección.

Ojalá hubiese entre artistas de otros géneros y

de este mismo la abición y la conciencia artística de los hermanos Onofri, quizá entonces no hubiera llegado tan pronto esta decadencia del verdadero arte destinado á desaparecer si sigue en auge esta abición al sicilipiticismo.

No estara de más ya que de los Onofri nos ocupamos, hablemos para terminar de una asociación conocida por «Agrupación Onofri». Esta asociación formada y sostenida por unos cuantos aficionados al arte mímico, tiene su local social en la calle de Caspe, allí se dan funciones teatrales representándose dramas, comedias y pantomimas, se dan veladas literarias, conciertos, etc., etc.

Los individuos que componen esta sociedad, son admiradores del arte de los hermanos Onofri y justo es consignar que si tal título dieron á la agrupación fue para rendir un homenaje al talento y al buen gusto de estos mímicos, como otras agrupaciones lo hicieron con Julián Romea, Matilde Díez, Novelli, etc. Este rasgo de la agrupación—que ya data de algún tiempo—es para los Onofri, algo más que un diploma, ó una medalla concedido en un concurso—por sufragio; esto es, un verdadero título que ya hace tiempo pueden ostentar, y que no ha sido buscado por ellos, ni organizado por determinada empresa que á cambio de un puñado de pesetas haya convenido en hacerles un reclamo.

Nuestra felicitación á la «Agrupación Onofri» que cuenta con personas de la valía de Angel Guimerá y Enrique Borrás, que la honran y la distinguen como lo demostraron no ha muchos días con motivo de representarse el monólogo del insigne vate *Mestre Olaguer* que tantos aplausos ha proporcionado al gran Borrás.



POLIUTO ONOFRI



Dichoso Bosque

Queridos feligreses: En verdad os lo digo, seríamos unos ingratos si no reconociéramos la colosal inventiva de aquellos señores del Bosque que se derivó para procurarnos serias, artísticas, variadas, nutritivas y hasta sicrióticas diversiones, sus programas son tan extensos que figuran en ellos, además de la invención de las Verbenas, cosas buenas, discretas y hasta *contemporáneas*, léase de un mérito muy discutible ó malas.

Durante la última quincena, la dirección nos ha ofrecido tres óperas, y, ¡oh dolor!, me veo precisado á confesar que esta terna de producciones líricas debida á los maestros Hellini, Stuet y Donizetti nos ha recordado demasiado el cuento de las tres hijas de Elena, porque ninguna de ellas ha alcanzado un buen y ni siquiera discreto conjunto, reproduciéndose lastimosamente la suerte de la desaparición de un tenor, suerte que suele abundar en las compañías de ópera.

Bien quisiera dulcificar las verdades amargas que tengo almacenadas sin pretar demasiado el clavo, aunque sólo fuese por consideración á un nuevo Catón que nos ha salido á los chicos de la prensa, honradísimos con sus consejos. ¡Y que son de hábito! Véase la muestra:

... la crítica debe ser siempre sincera, aversada, nunca proca, insolente y despectivo; la crítica tiene una muy alta y noble misión á cumplir (sic), guiar los pasos de todo artista novel en la difícil senda del arte, corrigiendo, sin ensañamiento, sus equivocaciones, popularizar el nombre de los que llegaron al apogeo de su gloria y combatir los EX-TRAVÍOS del público.

Después de lo copiado, aseguro que la candidez no ha desaparecido del mundo. Sabido es que los sabios se dejan engañar como chicos; utopía, pura utopía es, queridísimo maestro é ilustre colega, querer guiar los pasos de todo artista novel, y tratarse con la benevolencia de un santo. A la primera observación, le tratan á usted de imbécil. Para mí, todos, ellos y ellas, pueden continuar extraviándose.

Magner incurre en la cólera de estas señoras del *Fanatismo Artístico*, estoy dispuesto esta vez á gastar más manteca que pimienta, porque, caballeros, la pimienta no es saludable en plena canícula, en cambio, la manteca puede servir de bálsamo para curar las heridas morales que me están infligiendo algunos *Meisterzinger* del Bosque.

La misión de un zapatero es hacer zapatos y la de un maestro director la de dar las entadas á los cantantes y conocer además la partitura que dirige, y debe ser precisamente la de orquesta, si se quiere interpretar los deseos del compositor.

¡Bueno! Ahora pasemos al inspirado idilio del tierno Bellini, titulado *La Sonnambula*, que salió desentendida. Aunque sea gastando un poco de manteca, declaró que nunca había visto una Lisa de tal calibre y un Elvino de tan pequeñas dimensiones interpretativas. A no ser por el señor Baquellé, el sexo feo quedaba mal parado. Paso por alto lo mal tratado que quedó la estética y el arte musical en el duo amatorio del primer acto.

La señorita Polo vino á quitarnos el mal gusto con su acertada labor; fué una bendición protagonista, y así me atrevo á decir que *La Sonnambula* es la ópera en la cual ha llegado más directamente al oído del público, que inició ya los aplausos en el allegro *Sovera il sen la man mi para*.

Justa la artista en el *concertato*, página musical de efecto que pasó desapercibida gracias á su errónea interpretación, debe mencionarse su modo de frasear los dos andantes: *Como per me sereno oggi rinacque il di y Oh non credu mirarti, si presto solido, ó flore*.

Cuando la señorita Polo no fuerza el sonido, salen de su garganta sonidos de gran dulzura; ambos números fueron cantados con buen fraseo. También hubo su fragmento para los amantes del virtuosismo, y fué el *rondo final*, que la inocente Amina se vio obligada á repetir, luciendo su agilidad de garganta.

Tempo en tantato! He oído á más de una tipla ligera tratar de *Laura* una partitura que contiene melodías inspiradas y siempre espontáneas.

Otra barbaridad de las muchas que se oyen por esos mundos.

Respetando el orden cronológico, debo pasar á la primera representación de *I Pescatori di Porto* de Bizet, ópera que sirvió de debate á la señorita Raquel Ferrer, novel artista procedente de una familia de abolengo artístico, pues es hija de una cantante de año, la señora Riquero y de don Edgardo Ferrer, el distinguido director de ópera del Bosque, y hermana del notable maestro compositor y pianista el joven don Amadeo Ferrer.

El primer acto de la ópera de Bizet es delicadísimo y lleno de poesía; lástima que exista tan lamentable desnivel en el resto de la partitura, especialmente á partir del duo de tenor—siempre eclipsado—y tipla.

El baritono Roman, una de las columnas-madres del tenor

plu musical edificado en el Gran Teatro del Bosque, cantó la parte de Zurga, oyendo especiales aplausos en su romanza del último acto. Gira bien. El decorado no pecó por exceso de propiedad; aquella tienda de la isla de Cellán era un poema satírico en doce cantos y treinta estrofas.

El amo tutelar de los cantantes no ha querido favorecer los intérpretes de *La Nocturne*, de Donizetti. Los morenos se amosaron, no dejando de distinguir con sus aplausos al indispensable Komen, artista lo suficientemente inteligente para comprender que la tal ópera no figura en el número de sus predilectas.

La señorita Serrata, mezzo-soprano á la fuerza, continúa padeciendo los efectos de pasadas enseñanzas; debe modificar su emisión y dar al olvido todo lo que huele de lejos á tuba, sin dejar de tener el debido respeto á la entonación. A corregir, pues, todo lo que sea menester en cuanto haya terminado sus compromisos pendientes, pues, para ello, le sobran inteligencia y facultades.

CINEMATOGRAFIA publica el retrato del padre Baltasar; mi sincera amistad me convidó á asociarme al homenaje tributado al notable bajo y Juan Martine.

Y va de cuento.

Hará unos cuantos años, un amigo mío se vió desagradablemente sorprendido con la visita de un loco rematado, armado de un garrote de mucho respeto.

Encaróse colérico contra el dueño de la casa y exigiendo mayores respetos por ser él quien era; nada menos que una de las personas de la Santísima Trinidad.

Prudente á la fuerza, mi amigo le rindió homenaje, queriendo indagar si hablaba—mientras maniobraba hábilmente para librarse de las caricias del terrible garrote—con el Padre, con el Hijo ó tal vez con el Espíritu Santo.

—Imbécil—gritó furioso el pobre loco, fuera de sí ante tanta ignorancia.—¿no ves que soy el señor Amén?

También ha sido el tenor Amén, el intérprete de las tres óperas que acabo de reseñar á vuelo pluma, como si dijéramos Miguón.

Antes de terminar señalaré los acontecimientos notables de la pasada quincena.

Primero: La celebración de dos nuevas Verbenas: Nuestra Señora de las Nieves ó del pesebre—cuidado con no encorcharse con la última palabra—y Santa Clara. Después de esta segunda solemnidad artística habrá que modificarse el conocido refrán.

Segundo: Presentación de una tercera Margarita. De este modo quedó completada la ternada de amantes de *Fanci*; quedando cerrada la suscripción.

Una gaceta para el amigo Serratti.

Tercero: La nerviosa creación del apasionado personaje *Elvira*, de la ópera *Hernani*, hecha por Juanita París la noche del 1 del mes que cursa. La vehemente soprano cantó claro las verdades al viejo Silva y en un tono que todo el mundo podía entenderse.

Cuarto: 6 de Agosto. El tenor Serratti actúa de Vasco de Gama, repitiendo el *Paradiso*. *L'Africano* ha valido al notable tenor uno de sus mejores éxitos. Venga la letra de molde para prepararlo.

Quinto: El 1.º de Agosto me trae el recibo del casero y la resignación del simpático Balagner, medianamente restablecido de su indisposición. El nuevo *Schamand* tiene el buen gusto de suprimirnos las *astracanadas* de su predecessor.

Y Sexto: La presentación de un nuevo *Amonasso*, acontecimiento muy agradable para este servidor, algo cansadito de las prehistóricas instituciones. El nuevo monarca es musulmán, á juzgar por su mimica. Caiga sobre su cabeza la bendición de Alah.

IGNOTUS

¡Temo que no me quiera!

(NOVELA VERDÍCA)

I

Amanecía uno de los más hermosos días del mes de Mayo; el sol, desplegando todo su esplendor, brillaba en una estera azul y hermosa, en la cual no se deslizaba ni la más ligera nube.

Las brisas cobando á las flores sus deliciosos aromas, impregnaban la atmósfera de esa encanto mágico, que invitando á las almas á su aspiración purísima, las transporta en contemplativa éxtasis á un bienestar dulcísimo, debido á Natura pródiga en derramar al orbe sus donas desde las regiones de lo infinito.

En una alameda perteneciente á una linda casa de campo, dos jóvenes, codiciando quizás á los atractivos de la mañana se paseaban mutuamente enlazadas del brazo confidenciando, según la gravedad de sus facciones, con alguna importancia.

—Depón tu inquietud, deja esa duda cruel que roe continuamente tu alma. (Dices una de ellas, de una belleza angelical, á la otra, cuyas facciones habrían sido muy lindas sin unas pecas amarillas que invadían la mayor parte de su rostro.)

—Ay! Lola (contestaba). Tú no sabes como se quedó mirándome ayer!... Cuando después de un largo viaje vuelva á mi lado y fije sus ojos en las horribles señales que mi enfermedad ha dejado impresas en mi rostro, que frío sentí circular en mi corazón cuando al oprimir mi mano me dijo:

—Pobre Aurora mía, como desfigurada estás!

—Pero te dijo más y eso ya es una prueba de que no renuncia á sus derechos, de que aún piensa casarse contigo.

—Nunca he dudado de ello, querida amiga; mi Carlos es demasiado caballero para faltar á un compromiso.

—¿Pues qué te aflige, di, qué temes?

—¡Temo que no me quiera!

—¿Que no te quiere, y va á casarse contigo?... hija, eres incomprendible.

—Easucha, Lola, vas á comprenderme. Lo que yo temo, es, que Carlos al casarse conmigo, no escuche más que la voz del deber... ¡y es tan grato inspirar otro sentimiento!

—Pobre Aurora! te comprendo, y qué le vamos á decir á tu corazón si ya se ha dejado arrastrar por tales suposiciones? Mira, me ocurre una idea que nos puede dar magníficos resultados ¿quieres confiarle á mí?

—¡Con toda el alma! eso de ocurrirte á ti una idea...

—Pues vamos á ella; mi esposo se halla actualmente en Barcelona donde sus negocios le reclaman algún tiempo; vamos nosotras á reunirnos con él y regresaremos juntos.

—¿Y es esa tu magnífica idea? pues mira hasta ahora...

—Vamos, tontuela, ¿dudas ya de mí? en llegando allí la empezaremos á poner en acción; aquí nos sería imposible desarrollarla; lo que conviene es decir á tu papá que para tu convalecencia, es necesario que bagas un viajecito conmigo.

—¿Y á Carlos?

—¿A Carlos? tienes razón, algo se debe decir á ese enamorado en peligro. Le dejarás una carta cuyo borrador me entrego de mandarlo hoy mismo, y mañana sin falta, partiremos. ¡Ah! me olvidaba de decirte que sería conveniente no volvieres á hallarte con Carlos hasta nuestro regreso.

—Convenido.

—Ahora adiós y que no te desanimas.

—Hasta la vista.

II

Obtenido el permiso del padre de Aurora, partieron ésta y su amiga Lola, después de haber entregado al buen anciano la carta para Carlos, que estaba concebida en los términos siguientes:

«Querido Carlos: Al tomar la pluma para escribirte estas líneas sin siento conmovida mi alma por la desagradable impresión que á tu pesar te ha causado.

«En vano intentaría disculparte tratándote de ocultar lo que mi corazón, más bien que mis ojos, ha adivinado; al llegar después de tu viaje hasta mí, has hallado á la que debes hacer tu esposa, no á la mujer imagen de tus sueños, ideal de tus ilusiones...!

«Tu lealtad, Carlos mío, te haría cumplir un compromiso; pero no sería ya tu amor el que amante y apasionado te llevase hacia mí, para que siguiendo el impulso de tu alma enamorada vieras como antes á buscar entre mis pestañas el reflejo de tus ojos, húmedos de cariño y dicha...!

«No desesperes por eso de que algún día vuelvas á encontrar en mí tu ilusión primera, y para ello y siguiendo el consejo de mi amiga Lola, te emplazo á un mes de la fecha en que te escribo, en el mismo salón, donde al llegar á mí y al estrechar de nuevo mi mano, dejarán escapar tus labios esas palabras, que tanto han torturado mi alma:—¡Pobre Aurora mía, cuán desfigurada estás!

«Hasta entonces, acuérdate alguna vez de la que no perdonará ningún sacrificio, hasta poder volverte á la mujer que con tanto amor llamabas tú...»

AURORA.

7 Mayo 1895.

III

Son las diez de la mañana del día 7 de Junio del mismo año en que principia nuestra historia.

En un salón elegantemente amueblado, se halla un anciano sentado en un sofá, y sonriente contempla á un joven inclinado en un balcón y el cual da en el suelo con el pie movido por una mal comprimida impaciencia.

—Querido futuro papá suegro,—exclama de pronto el joven,—ya no aguardo más; prometí á usted no hacerle ninguna pregunta acerca del paradero de Aurora, porque usted me aseguró que de ello dependía nuestra felicidad hasta vencer el día de la fecha; estamos á las diez de él; y Aurora no cumple su palabra, pues en esta misma hora fue, hace un mes, que yo, de vuelta de mi viaje y en este mismo sitio la volví á ver; ni recuerdo que la dije ni cómo la encontré, sólo sé que hace un mes no la veo, que la he perdido... así, le ruego me diga dónde se halla para que pueda yo ir á buscarla y concluir de una vez esas cosas que ya ruían en ridículas.

—Calmate, querido Carlos, ellas vendrán, no te apures; ¿no me ves á mí, que soy padre y también espero?

—Es que... ¡ellas son!

Un carruaje acaba de pararse á la puerta de la quinta; dos hermosísimas mujeres se apeaban de él, en el instante en que Carlos, más veloz que el viento había bajado del salón al jardín y recibía á la más joven de la mano, que se arrojó en los brazos del anciano apenas lo divisó.

—¡Padre mío!

—¡Hija mía!

Entre dos exclamaciones se cruzaron.

En cuanto á Carlos, la admiración le había dejado mudo; era su Aurora la que estaba delante de él, pero, ¡qué cambio! más hermosa aún que la primera vez en que sus labios le dijeron que la amaba.

—Pero, Aurora mía,—pudo decir al fin,—¿qué debes el aterciopelado brillo de tu rostro fino y acarado, á que la blancura de tu tez que puede competir con la de la azucena más delicada?

—Todo es debido á que durante nuestra estancia en Barcelona heñós realizado la idea de mi amiga Lola, que era la de hacerme bañar diariamente el rostro con la legítima Agua de Barcelona.

Insp. J. Ortega S. Pablo, 96—Barcelona.